

Comme le pense Forest, en nous permettant d'opérer la genèse idéale du réel, elle nous fait entrer dans l'Absolu de l'acte créateur. C'est dire la plénitude, inégalée, du sens de cette idée abstraite et suprêmement concrète, c'est dire son importante.

BERTRAND DE MARGERIE S. J.
París

MICHELE FEDERICO SCIACCA (1908-1975)

1. *El último encuentro.* — Un cable nos trajo la triste noticia: "Michele Federico Sciacca, considerado como uno de los principales filósofos cristianos contemporáneos, murió hoy a la edad de 66 años". Uno de mis hijos traíame, con el diario, la amarga nueva.

En la soledad, el primer recuerdo de Sciacca no pudo ser otro que el de nuestro último encuentro, el mejor de todos, cumplido con una extraña mezcla de alegría y de nostalgia. El congreso sobre el pensamiento de Santo Tomás ya tocaba a su fin y en el Real Teatro de San Carlos, en Nápoles, Sciacca acababa de pronunciar la conferencia central. Nunzio Incardona me hizo presente que a la noche siguiente (23 de abril) habíamos de reunirnos en el histórico restaurante "Zia Teresa", frente a la bahía. La noche era clara y templada y, junto con mi mujer, llegamos al lugar de reunión a bordo de una "carrozzella" napolitana tomada por nosotros con ánimo festivo. Nos reunimos en el vestíbulo de un hotel conocido: allí estábamos su primer alumno napolitano, cuando Sciacca fue allí profesor, nuestro compatriota Osvaldo Ruda, de la Universidad de Ottawa, Incardona y señora, María Raschini, tres personas más y nosotros dos. Formando pequeños grupos nos encaminamos al célebre restaurante adonde Sciacca había ido por primera vez siendo estudiante de la Universidad.

Sciacca me sentó al frente suyo y comenzó a conversar en español como le gustaba hacerlo a menudo. Estaba preocupado por mí. Insistió sobre el tema como lo había hecho en Roma pocos días antes; la conversación nos aisló un poco, mientras Sciacca me hablaba de "nuestra" Argentina. En verdad, era la continuación de conversaciones anteriores en las que nos habíamos detenido especialmente en la situación de Europa y del mundo. Analizó con detallado conocimiento la situación argentina y sostenía que, precisamente por ser la nación latinoamericana más europea, era la que estaba en mayor peligro. Aquella cena inolvidable fue transformándose, entre las comidas y las bebidas y las canciones napolitanas, en un convivium lleno de reflexiones, de bromas, de recuerdos, de agudezas. ¿De qué no hablamos aquella noche? Por supuesto, hablamos de filosofía, de libros, de las últimas obras del filósofo, del estado calamitoso de la Universidad, de la Iglesia y también de las cosas cotidianas, de las cosas menudas que van formando la sal de la vida, en medio de la simple y profunda *alegría* de estar juntos.

En esas últimas horas (que no sabíamos que eran las últimas) también hablamos de Santo Tomás, de cuyo pensamiento, el antiguo inmanentista de la década del 30, hablaba con admiración y con amor. Todos parecíamos los supervivientes de la metafísica en un mundo que ha renegado de ella y, por eso, del espíritu; si pudiéramos contar los pequeños núcleos de sostenedores de la metafísica y de la trascendencia cristiana en todos los países estoy seguro que obtendríamos un número pequeño. Convivium, pues, de supervivientes inactuales, guardianes casi desesperados pero decididos de la auténtica vida del espíritu.

Y llegó la hora de separarnos y los amigos volvimos juntos al hotel cercano. Sciacca tomábame del brazo y me escuchaba. A mi mujer le recomendaba cosas. Todos percibimos que *alargaba la despedida*. Tomamos un cognac y la conversación retomó nuevamente su ritmo, pero como aletargada y melancólica. Llegó el momento de las despedidas. Nos dimos un abrazo y no hablamos más. No hubiésemos podido hacerlo. Pero antes Sciacca me repetía: "Indimenticabile, indimenticabile!". Fue la última vez que nos vimos en esta vida.

2. *Veinte años de amistad y un pensamiento vivo*. — Inmediatamente después de la noticia de su muerte, llegó a mis manos una carta tristísima de la señora Sciacca, fechada seis días antes y en la que me daba cuenta de la súbita y terrible enfermedad ya sin esperanzas.

Veinte años de amistad leal, inquebrantable, ante cuya fortaleza se estrellaron todos los embates de aquende y allende el océano; cuatro lustros de correspondencia donde hay magisterio de Sciacca sobre mí, consultas, simples noticias, colaboración, saludos, reflexiones, proyectos, ¡tantas cosas! Todo volvía a mi memoria: nuestro primer conocimiento. El era un filósofo mundialmente famoso, yo un joven que había leído y utilizado su libro sobre Dios y el *Sant'Agostino*. Venía de Tucumán y nos conocimos en la estación ferroviaria de Alta Córdoba. Corría el año 1954 y, desde el primer momento, nos hicimos amigos; aquel año fue importante para mi propia formación y hasta la madrugada hablamos y discutimos de filosofía, particularmente sobre la implicación del ser y del yo. San Agustín era un amor compartido y entre los contemporáneos Lavelle era un tema de discusión. Acababan de aparecer *L'uomo* y *Alto ed Essere* y le propuse ocuparme de ambos libros en *Sapientia*. Sciacca quería que me fuera a Italia durante un año. Mientras tanto, partió para Buenos Aires. Y yo cambié de proyecto mientras estudiaba entonces sus últimas obras: seguí leyendo, reflexionando y agotando hasta donde era posible todos sus escritos y así nació el proyecto de una obra comprehensiva de todo su pensamiento. Volvió invitado por la Sociedad Dante Alighieri en 1956 y dictó en mi cátedra de Filosofía de la Historia un cursillo de tres conferencias. Nuestras conversaciones, que anudaban cada vez más una amistad profunda, fueron cotidianas y, sobre todo, aquélla mantenida en mi casa hasta la madrugada. El ser, la persona, la historia, algún desacuerdo y los muchos acuerdos llenaban las horas junto con las bromas, el chispeante buen humor, siempre compartido por mi mujer mientras dormían los chicos. Aquejado ya del "mal de América" (según me dijo que así lo diagnosticaban en Italia) volví en 1957 desarrollando en la Universidad de Córdoba, nuevamente en mi cátedra, el tema del *tiempo* y *la libertad* como el primer adelanto de la que sería una de sus obras fundamentales¹. Aquella circunstancia cordobesa él mismo la recuerda en el prólogo de *La libertà e il tempo*². Nuevamente la intensa conversación en mi casa y hasta el alba, en el Hotel Bristol, en el café, en la calle. Un día en Buenos Aires continuamos

¹ El primer resultado de aquellas conferencias fue una obrita aun inédita y que, a los fines de su edición, juntamente con Sciacca intitulamos *Lecciones de filosofía de la historia* en base a la versión taquigráfica. Formaría un pequeño volumen de unas 100 páginas. Precisamente a los fines de su edición el mismo Sciacca corrigió de puño y letra la versión. Aunque, felizmente, conservo la obra en un ejemplar sin las correcciones, por una circunstancia que no es del caso recordar aquí, la versión corregida se ha extraviado y no fue enviada nunca a la editorial.

² Cf. *La libertà e il tempo*, p. 11, *Opere Complete*, vol. 22, Marzorati, Milano, 1965: "abbozzi anche —dice— le lezioni sulla storia dettate nell'Università di Córdoba in Argentina (1957) e che la Editorial Troquel pubblicherà a Buenos Aires...".

el coloquio interrumpido. Debo confesar que no solamente hablábamos de filosofía y teología, sino de nuestros problemas personales. Mientras tanto, mi libro sobre su pensamiento —que constituía “mi” Sciacca y no el “suyo”— según decíamos bromeando y lo hemos seguido diciendo durante años, llegaba a su fin.

Después nos vimos en Europa con ocasión del XIIº Congreso Internacional de Filosofía celebrado en Venecia y en Padua, en 1958. Llevé conmigo el original de *Metafísica de la integralidad* y se lo entregué en Venecia donde reanudamos nuestro nunca interrumpido diálogo. Más tarde, antes de regresar a la Argentina, hablamos largas horas en su casa de Génova. Mis deberes de estado no me permitían quedarme en Europa y retorné al país. Detrás de mí vino una extensa carta suya sobre mi libro que pasó a ser el prólogo de la obra³. En ella me decía: “Este, más de una vez, me ha hecho volver a la mente nuestros encuentros en su Córdoba y en Buenos Aires, las veladas (prolongadas casi hasta el alba) en su hospitalísima morada de calle Duarte Quirós, donde todo es familiar y de la cual todo me es familiar, empeñados en la discusión participada hasta el fondo, sazónada, primero, por la sonrisa y, protegida, después, por el sueño inocente de sus pequeños”. Y agregaba: “Todas las veces que rememoro aquellas veladas me acuerdo de Casciaco y por qué Agustín en nuestro hablar era una presencia inevitable (..) Usted ha querido recoger en volumen el fruto de aquellas discusiones, que tuvieron comienzo desde nuestro primer encuentro en las sierras, en aquel restaurante de montaña reverdecida por los árboles que poca nieve maculaba de blanco”. Por eso pensaba Sciacca que “el estudio de mis escritos se ha transformado en personal participación (...) y he aquí sus más de trescientas páginas sobre un pensamiento que no es solamente el mío expuesto por usted, sino que es también el suyo, porque ha sido repensado por usted, aclarado, participado, profundizado (...). Más que un estudio es un *encuentro* provocado por una viva exigencia filosófica, por el deseo de aclarar sus problemas en contacto con los míos y de aclarar también a mí mismo (...). Deseo a su libro que tenga por lo menos un crítico de la raza antigua y no de la nueva, que ha degradado la cultura europea”⁴.

Después, me enteré de que, con el buen humor de siempre y la tácita picardía de muchas de nuestras conversaciones, había llevado mi volumen a clase y poniéndolo sobre la mesa había exclamado: “¡Quando io non so quello che io penso, lo domando a Caturelli!”

Con nostalgia traigo al presente estos recuerdos que han sazonado mi vida y quizá el más emotivo para mí sea el haber sabido siempre que Sciacca *leía todos mis escritos* así como yo mismo leía todos los suyos. La generosidad total se evidencia en ese hecho que le llevaba a criticar mis libros en la conversación personal y en sus cartas llenas de inteligencia y afecto. Mis viajes a Italia tenían siempre una meta: Después de reuniones y congresos (estuviera o no en ellos Sciacca) viajaba a Génova para verle. Así fue en 1961, cuando hablamos juntos en el Congreso Rosmini de Torino; ese año nos encontramos en Génova, en Torino varias veces y, luego, en su casa de Génova. Memorable visita de horas en la cual participaba la señora Sciacca y donde recordábamos a Lavelle, a Le Senne, a Forest, a los queridos amigos comunes como Chaix-Ruy y Alain Guy. Allí criticó bien mi libro *El hombre y la historia*, yo le hablé de la metafísica de la integralidad (es decir, de “mi” Sciacca, que generalmente coincidía con el “suyo”); hablamos mucho de Rosmini y los rosminianos, de Hum-

³ *Metafísica de la integralidad. La filosofía de Michele Federico Sciacca*, cf. ps. 5-8, Imprenta de la Universidad, Córdoba, 1969.

⁴ *Figure e problemi del pensiero contemporaneo*, ps. 551-554. Opere Complete, vol. 38, Marzorati, Milano, 1973.

berto Padovani, que entonces vivía y le había instado a escribir una obra sobre Santo Tomás ¡al antinomista de veinticinco años atrás!

Volví a Italia en 1964. Retorné a Gallarate. Ese año no fueron Gilson, Guardini ni el P. Lotz. Von Hildebrand estaba ya muy anciano. Jolivet había envejecido y poco después de vernos en Bolzano, se iría de esta vida. Los europeos de la vieja raza, como decía Sciacca, raleaban sus filas sin dejar reemplazantes. El horizonte del espíritu greco-latino-cristiano (alma de la Europa del espíritu, no necesariamente de la Europa geográfica) aparecía oscuro. Así lo veía Sciacca en el memorable Congreso mundial de escritores cristianos celebrado en Bolonia en octubre de aquel año. Nuevamente hablamos juntos: Un físico primero (cuyo nombre no recuerdo), después yo, por último Sciacca, en la sesión inaugural donde expuso su tesis sobre la idea de progreso y su nada optimista panorama del mundo espiritual europeo. Nos separamos mientras yo asistía a varias reuniones filosóficas, para volver a Génova poco antes de regresar a la Argentina. Sciacca fue a buscarme a mi hotel por la mañana y fuimos a su casa. Conversamos más de ocho horas discutiendo a fondo *La libertà e il tempo*; jamás podré olvidar aquella charla en el auto: Acababa de leer mis modestas *Lecciones de Metafísica* (donde hay una crítica comparativa sobre Lavelle y Sciacca) y tenía algo que decirme: "Usted está llegando a la madurez", me dijo. Y agregó: "Su carrera ya está hecha en la Universidad; ahora debe usted escribir lo suyo". Era exactamente lo que yo pensaba y no me animaba a confesarlo a nadie. El supo verlo y le estoy agradecido. Conversamos en una salita de su casa adornada con algún mate de plata, un hermoso facón gaúcho, creo recordar una fusta y, seguramente, unas lloronas. ¿Y esto?, pregunté. Ah, respondió, "recuerdos de 'nuestra' Argentina".

Así era Sciacca, intenso en todo y tremendamente minucioso: Pocos imaginan el orden miniaturístico de sus libros, de sus folletos y separatas (todo ello forma una gran biblioteca), de la correspondencia... Era intenso en el afecto y también en las luchas. Apasionado y sereno a la vez, dialéctico y al mismo tiempo poético, amigo hasta el fondo y simultáneamente un rival temible; independiente hasta el individualismo cerril, generoso hasta la locura, entero en todo, extremo en el buen sentido del término: Todo o nada, sí o no, todo sí, todo no, tal era el hombre de fuego que vivía en Sciacca y, a la vez, afectuoso y compasivo. Después de aquella memorable tarde donde pusimos "al día" tantas cosas, continuamos esporádicamente el diálogo por carta. Pasarían diez años hasta nuestro nuevo y último encuentro. Traté de hacerle venir al Segundo Congreso Nacional de Filosofía (1971) pero le fue imposible concurrir aunque nos envió un trabajo; tampoco fue a Brasilia al VIIIº Congreso Interamericano de Filosofía, por los mismos motivos personales (1972). Mientras tanto, ya en 1968 yo había concluido de escribir la segunda edición de *Metafísica de la integralidad* (libro ya completamente nuevo en comparación con el primero). Sciacca se entusiasmó con esta nueva edición de "mi" Sciacca, ahora más crítico y completo y que una circunstancia singularísima impidió que fuera editado en Barcelona. Y allí está el libro inédito que ahora debo completar y publicar en su honor.

En esos diez años transcurridos, llenos de mutuo interés y de muchas realizaciones concretas (libros, artículos, colaboraciones en enciclopedias, incorporación de América Latina a la Grande Antología Filosófica, maduración de muchas preocupaciones especulativas) nuestra amistad se purificó y ahondó. Las duras pruebas a que fui sometido desde 1971 encontraron en Sciacca una solidaridad conmovedora; también conocí sus cuitas, algunas desgarrantes, y en ellas le acompañé con el afecto y con la oración. En esos diez años la situación de

Europa empeoró desde el punto de vista espiritual y también la de la Argentina y mutuamente solíamos referirnos a ella; también la crisis de la Iglesia nos tocó fuertemente y, durante este tiempo, fue para mí visible su acercamiento cada vez más íntimo al pensamiento de Santo Tomás. Sciacca decidió romper con todo lo que no fuera auténticamente *cristiano, europeo y clásico* y, naturalmente, esa actitud le atrajo muchos y terribles enemigos. Para los nuevos cultores de la (pseudo) filosofía "analítica"... y para muchos otros (también entre nosotros) que no han leído uno solo de sus libros esenciales, Sciacca era un "retórico" que sólo merecía desprecio; para los decadentes (éstos sí europeizantes de la peor calidad) que confunden la mera "investigación" positiva y hechológica... con la filosofía, Sciacca no tenía "vigencia". A todos enfrentó y más allá de todos los pigmeos que no se deciden doctrinalmente porque no tienen *nada* por lo cual decidirse, mantuvo a contracorriente las verdades esenciales de la filosofía y de la cultura sin más.

3. *Quizá, el último europeo.* — En estos últimos años, Sciacca estuvo dedicado a dos tareas simultáneas: Por un lado, a continuar escribiendo el *corpus* de la "filosofía de la integralidad" (de la que van publicados ocho volúmenes) y, por otro, a un análisis cada vez más profundizado de la actual concreta situación del mundo a la luz de su filosofía cristiana. La segunda tarea implicaba un aspecto crítico en cuanto significa una crítica desde sus mismas raíces del *inmanentismo moderno* y una asimilación de lo esencial del *pensamiento clásico* que él conocía como pocos. La primera constituye su tarea propiamente *constructiva* fijada en la enorme, difícil y profunda estructura de la totalidad de su filosofía de la integralidad (*L'interiorità oggettiva, L'uomo, Atto ed essere, Morte e immortalità, La libertà e il tempo, Ontologia triadica e trinitaria*). A algunos de los anónimos "críticos" de Sciacca, les recomiendo la lectura meditada de esos libros y no detenerse (en su tarea de "críticos") en los excelentes manuales (pero manuales al fin) que escribió en su juventud para la enseñanza de los Liceos (*Historia de la filosofía, El problema de la educación, etc.*).

Fuera de estos manuales (que no entran en el plan de sus Obras Completas) la edición emprendida por Marzorati ha llegado ya a 39 volúmenes (cuatro de ellos en dos tomos) y, seguramente, la edición pasará con largueza el medio centenar. El *corpus* esencial ha sido vertido todo o en parte al inglés, al francés, al portugués y al alemán. Las traducciones castellanas son compartidas por España y la Argentina y la sola Bibliografía sciaquina ha sido reunida en un volumen de 552 páginas⁶. El *corpus* de la "filosofía de la integralidad" debe aun ser completado con la estética: *Il momento estetico e il valore ontologico della fantasia* y, seguramente, Sciacca tenía previstos otros desarrollos pues siempre consideró incompleto este tema, y aún queda por analizar (aunque ocupa una parte de mi libro) un Sciacca poético y "místico", literariamente valioso, contenido en varios de sus libros más hermosos: *Come si vince a Waterloo, Così mi parlano le cose mute*, sus lecciones sobre el Evangelio en curso de edición y que él tituló *La casa del pane*.

La otra tarea de análisis de la situación contemporánea surge de la anterior y con ella muchas veces se entremezcla y se encuentra centrada en la pérdida del *ser* por la conciencia europea y americana: "no se pierde el ser, decía, sin pagar el tremendo precio del nihilismo; no se provoca el oscurecimiento de la inteligencia sin sufrir la condena a la estupidez; no se anula la conciencia moral sin caer en la corrupción: el Occidentalismo es el castigo que todos nos merecemos por haber perdido la inteligencia del ser y con ella los valores de

⁶ PIER PAOLO OTTONELLO, *Bibliografía di M. F. Sciacca* (dal 1931 al 1968), 552 pp., Marzorati, Milano, 1969.

Occidente, como el Helenismo fue el castigo por la pérdida de la Hélade y el Romanismo por la pérdida de la Romanidad. Pero tanto el Helenismo como el Romanismo dejaron lo que habían producido en herencia a una cultura nueva, que lo recuperó redescubriendo la Hélade y la Romanidad en otro plano, tomando (de ellas) la positividad, ella misma purificada y corregida de lo negativo de aquellas civilizaciones en disolución; el Occidentalismo dejará el trabajo de una cultura nueva, la que nacerá de su disolución y redescubrirá el Occidente, y sus productos que solamente en ella podrán ser positivos y que, sin embargo, hoy, y se encoge el corazón al decirlo, en el oscurecimiento de la inteligencia resultan negativos”.

En esta línea crítica (muchas veces muy amarga) no de Occidente sino del “occidentalismo” secular y secularizante, Sciacca ha escritos páginas geniales: *Filosofía e antifilosofía*, *Gli arieti contro la verticale*, *L'oscuramento dell'intelligenza*. Al mismo tiempo, Sciacca había puesto sus esperanzas en América Latina y muy especialmente en la Argentina. Aunque, respecto de nuestro país, me decía hace poco en Roma y lo he ya recordado, que por ser el país más europeo es el que corre más peligro. Debemos agradecerle a Sciacca su afecto “más efectivo que afectivo” (como decía de él Jolivet) para con América Latina y la Argentina concretada en *hechos* positivos. Esta actitud era consecuente, incluso por extensión, con su extraordinaria valoración de la cultura hispánica. No se cansaba de repetir que *lo esencial* del espíritu europeo tenía un último refugio: *España*; y de ahí la constante atención suya a la vida y la cultura de lengua española. Por eso, con su muerte, todo el mundo hispánico pierde casi a uno de los suyos. En medio del mal disimulado menosprecio por la cultura española y católica, en aras de un pseudorigorismo que encubre la segunda invasión bárbara contra Occidente (el inmanentismo germánico), el filósofo italiano tenía la temeridad y el coraje de proclamar que es la cultura española el último refugio de los verdaderos valores del espíritu.

Por todo esto, y por mucho más que desborda los límites de un artículo escrito bajo la impresión de su muerte, Michele Federico Sciacca era, para mí, el último europeo, al menos el último de un período trágico. Pensemos un momento en Italia, patria del filósofo: Los grandes filósofos ya han muerto y, dentro del tomismo, solamente queda el P. Cornelio Fabro. Los grandes europeos ya se han ido: Blondel, Chesterton, Belloc, Maurras, Chevalier, Lavelle, Maritain, Ramírez, Ruibal, Marcel, Guardini... Los pocos que quedan están tristes, como Gilson, cuyo libro *Les tribulations de Sophie*, a pesar de su humor encantador es un amargo vaticinio; Nédoncelle, Pieper, Chaix-Ruy, Moreau, Zubiri; Heidegger es más bien una expresión de la crisis del espíritu europeo que su verdadera superación. Pero de aquellos que realmente han contribuido con toda una estructura positiva de pensamiento creador para la salvación del espíritu de Occidente, sigo creyendo que el más grande ha sido Sciacca. En ese sentido, su muerte es simbólica porque significa la desaparición del último europeo.

Más allá de su muerte, continuaremos el diálogo, en esta vida, por medio de la exposición de su pensamiento; de ahí que me haga un deber la publicación de mi libro comprensivo de todo su sistema filosófico. Allende esta vida, tengo la esperanza de continuarlo de un modo más perfecto y para siempre. Mientras tanto, será menester seguir la agonía por una nueva floración de la cultura en esta tierra americana, como Sciacca mismo esperaba. Por eso, como hacíamos en esta vida, no me despido de Michele Federico Sciacca para siempre. Solamente hasta pronto, en Cristo.